

El gusto por los bailes

Daniel Sada

Rosita se disgustó
porque su mamá le dijo
que no anduviera en los bailes.
Nomás de verle los gestos
se le notaba la rabia,
además pateó un canasto
que estaba cerca de ella
y se fue muy colorada
a bocabajear sus ansias.
En su cuarto la encerrona:
gran lloriqueo reflexivo,
mismo que por ser monserga
a poco encontró lo inverso:
la alegría de estar a solas
recordando sus meneos,
par de ritmos, bruto empacho,
y pronto el llanto ya no,
ni una lágrima nonata,
sino la calma risueña
de saberse una belleza
deseada por los galanes
más esbeltos de Saltillo.
Año de mil novecientos:
abridor de fantasías,
tanto invento inenarrable
por venir, tanta mejora,
que ojalá en lo concerniente
a los vales y a las polcas
no acabara en un cambiazó
empeorado o medio chango.

La mamá fue comprensiva
con su hija retechula,
debido a que más de rato

la dejó oír el gramófono:
meterlo al cuarto: ¡qué bien!,
aunque el ritual fuera lento,
poner música: la óptima,
y así devino el ensayo
de balanceos sin cesar,
mucha cadera paseada,
oh regusto de remanso,
cual si adrede se dejara
envolver pasitamente
por el humus de la gracia,
amén de lo ensoñador
de imaginar a sus anchas
el siluetismo lejano
en un salón atestado
de esa gente adoratriz
de los rigores del baile.
Y a expensas de lo anhelado
al tararear suspiraba,
sobre todo porque allá,
en la anchura del deleite
de esos espacios cerrados,
de hartos metros de loseta
para deslizar los pies,
podía sentirse una diosa
que daba giros con brío,
a sabiendas que ella sola
se reinventaba a placer.
Pero dejemos todo esto
que fue efecto de un regaño
y un encierro deplorables
para dar paso a un detalle
que no se debe escapar:
Rosita Alvérez vivía
con su madre en una casa

que parecía un bastidor,
casa parva pero mona,
en el barrio de Landín.
Viuda la mamá y pesuda,
más o menos, dicho sea,
pues la herencia fue la justa
para que ellas estuvieran
desahogadas y tumbonas
durante más de quince años,
eso sí con buena estima
la mamá adoptaba el modo
de una sagaz tesorera,
pellizcando cifras sabias.
La mamá: la responsable,
la poderosa, la dura;
tenía que ser exigente,
caripareja y tacaña. Además,
no quería quedarse sola,
y menos que su hija única
se casara... con quién diablos.
¡No!, ¡por Dios!, ¡cuánto problema!
Y los bailes: lo propicio:
la amenaza de abandono,
el malcontento final,
lo sexual, lo meón, lo peor,
lo corrosivo que infesta
y así el contagio indebido
para siempre. ¡No!, de plano,
porque de ser lo contrario
qué frentazo se daría.

La asonada de Rosita
es lo que hay que destacar.
Hipócrita a conveniencia,
cabizbaja se ponía
ante un regaño materno.
Sabiéndose derrotada,
ella misma se encerraba
en su cuarto apretujado
y por ende hacía su teatro
retechillón ex profeso,
con gran cuantía de sollozos.
¡Puras papas!, ¡mentirosa!,
más bien se reía en secreto,
a la espera de... ¿se intuye?
Acto seguido: el consuelo,
el gramófono (la carga):
prestárselo, total qué,

¿correcta la solución?
La mamá dadora, o sea:
a medias arrepentida,
porque le dolía enterarse
de lo que para una joven
era reprimir su gusto.
Entonces que oyera música,
a solas, hasta el hartazgo,
como siempre sucedía,
y hubo una vez que pasó
algo de veras insólito,
cómo es que Rosita Alvérez,
muy chispera, tramó un plan
que parecía peliagudo,
mas como estaba dispuesta
a jugársela de a tiro,
una noche se fugó
por la única ventana
habida en su cuarto ínfimo:
¿caber?: sí, remisamente,
y escabullirse sin ruido:
vestida despampanante,
lo logró, bendita hazaña,
ya después se pintaría
sus labios con colorete
y con rimel sus pestañas
y sus cejas con un lápiz
de grafito renegrido,
además de darse crema
y empolvarse los cachetes.
Los cosméticos guardados
en una bolsa de mano,
así que todo ese rito
lo realizaría de prisa,
digamos que caminando
hacia el lugar del evento.
Baile en un salón grandioso,
según se lo había informado
otra amiga bailadora,
en la calle, un día de tantos;
desenlace, de resultas,
ida obligada, sin más,
en razón de que una orquesta
violinesca y cornetera,
venida de Monterrey,
tocaría dificultades
de ritmos a todo tren,
sonidos cuyo alambique
armonioso y rarefacto

una orquesta saltillense
jamás podría ejecutar.
Pomposo, entonces, el baile,
singular de pe a pa... uf...
no se lo podía perder.
Y esquivando lo futuro,
lo presente fue suputo.
Que la ruca se durmiera...
¿cuándo, siempre, más o menos...?
Ella se dormía a las ocho,
o tal vez un poco antes.
Rosita dejó prendido
el gramófono vetusto,
cuyo sonido rasposo
no duraría ni una hora,
y la mamá, pues ya saben,
fue a decirle y... ¡qué sorpresa!
Nadie, ah: ventana abierta.
Se fue Rosita muy zorra.
SIN PERMISO. ¡Vaya treta!

La mamá supuso cuánto:
tantos riesgos, tantos males.
Supuso un baile, ¡pues sí!,

pero dónde acontecía. Barrio
¿cuál? ¿La Guayulera?
Allí había un par de salones,
los más grandes de Saltillo;
por lo cual ir enojada,
angustiada, o al revés,
con pugnancia resignarse,
tras esperar y esperar... mmm...
preferible lo segundo,
ya que Rosita estaría
de regreso cuando mucho
en unos veinte minutos
o máximo en media hora,
o para qué preocuparse
si los bailes lugareños
por lo común terminaban
cuando la electricidad se iba
poco antes de medianoche,
la cortaban, mejor dicho,
a diario, sin excepción.
De modo que la mamá
no perdió la compostura,
tuvo paciencia de más,
dado que estaba segura
de todo lo que infirió.



José Guadalupe Posada, cuadernillos, ca. 1910, colección Carlos Monsiváis

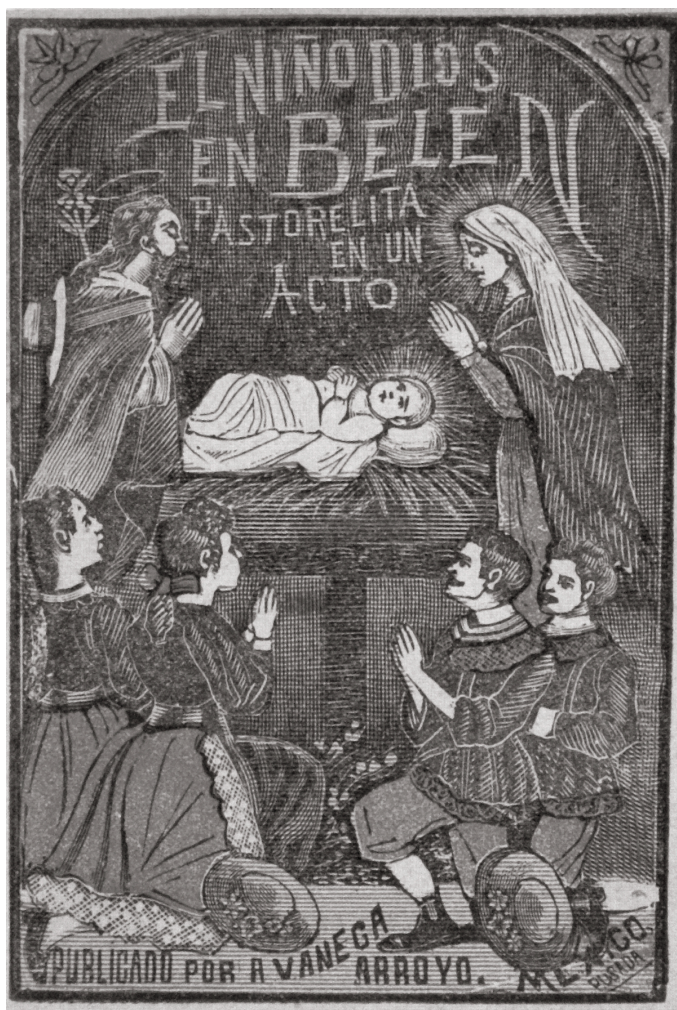
Ahora bien, el encuentro de ambas (ejem) se dio al aire libre, a oscuras, tanteador. Con sólo oír —apenas— unos cuantos pasos en su jardincito frontal: la mamá salió de ipso con una lámpara de petróleo. Nervios antes, calma ahora, y hubo alumbro de semblante: la sombra móvil —uy— con carraspeos. Luego: Rosita Alvérez: fantasma. Aparición. Lividez.

—¡Desgraciada! Te fuiste sin permiso. Tu treta no resultó. Ahora tienes que atenerte a las peores consecuencias. Y... bueno... métete para adentro, volada.

Tras esa sorpresa demasiado brusca el plan de Rosita se cebó y ¡ni modo! Quería ir por atrás de aquella casita, a hurto, si bien, astuta de más, y por la ventana que salió, colarse. Colarse delgada, hacerse aún más, cual fideo ranchero; también, por supuesto, ágil y campante como ella era siempre. Pero la mamá la cachó bien pronto. Estaba al pendiente, estaba furiosa.

Y las consecuencias, de resultas ¿cuándo?

Lo primero, fácil, trabajar de sobra: barrer y trapear y limpiar el polvo. Casi reluciente y muy rechinante la casita curra. Agobio habitual. Cansancio. Obediencia. Y cero protestas. Así pasó un mes ¿multiplicador? Trabajal sin tregua: más, más, más, caray. No podía salir ni un rato a la calle. Agostado el ánimo. No obstante, una vez se enteró de algo: una amiga suya le mandó un recado, mismo que decía: “Mañana habrá baile en La Guayulera. En el Salón Lila. Tienes que asistir”. Entonces Rosita protestó por fin y dijo afanosa estar saturada de tanto deber. Cumplidora en serio, dócil, desde luego, y ¿qué más?, ¡¿QUÉ MÁS?! Se atrevió, por ende, a pedir permiso para ir ese viernes al baile en mención. La mamá aceptó:



José Guadalupe Posada, cuadernillos, ca. 1910, colección Carlos Monsiváis



—¡Andal, ¡vel, ¡diviértete!,
pero te regresas antes de
las diez, si no ya verás.

Taumaturgia ¿en juego?

Con la fecha del evento
llegó toda la ilusión.
Como nunca antes Rosita
se pintarrajeó la cara.
Se puso el mejor vestido,
uno rojo que tenía
lleno de flores pintadas.
Se fue salerosa, pues,
al baile cumbre de allá
donde más gente acudía.
Ida atardecida, grata,
como dirigirse a un limbo
donde un enredo de músicas
solía desatarse en grande,
líneas abstrusas que iban,
se perdían en las alturas
de aquel techo de carrizo,
y abajo los poseídos,
ambiciosos de meneo.
¡Cuántos hombres para ver!
¡Cuántas mujeres chulosas!
Y todos desesperados
por entrarle a los compases.

Aunque...

Había como el doble de hombres,
cosa rara, pero sí. De modo
que las mujeres podían ponerse
sus moños, si así lo consideraban.
A Rosita la sacaron
a bailar varios galanes,
como era la más bonita,
no paró de disfrutar,
a ninguno rechazó.
Buena gente, y bella y cuánto.
De los muchos bailadores,
hubo uno sombrerudo,
lucidor de un bigotazo
y arrogante como nadie.
Macho ejemplar retetoso,

dado que adrede portaba
una pistola preciosa,
hartos brillos repentinos
tras la funda, en la cintura,
y Rosita, temblorosa,
le preguntó si aquella arma
estaba llena de balas,
a lo que él nomás sonrió,
y dijo muy circunspecto:
—¿Cómo crees que voy a andar
con una arma descargada?
No, mi reina, eso jamás.
Soy un hombre de respeto.
Conóceme desde ahora.
Soy Hipólito Cantú.
La muchacha de inmediato
le pidió al galán ranchero
que la llevara a su silla.
Le daba miedo seguir,
sobre todo presintiendo
que a causa de tanto giro
de repente a la pistola
se le saliera un disparo.
Pero Hipólito insistió:
—Baila conmigo una tanda.
Después te llevo a sentar.
Forcejeo: escena infeliz.
Ella queriendo alejarse.
Él agarrándole un brazo,
suavemente, todavía.
Hasta que Rosita Álvarez
muy resuelta lanzó un grito
largo, adrede y, para colmo,
destemplado, sin querer.
Hubo pocos movimientos
de valientes al acecho.
Zafe, de vencida, o triunfo;
medro cómico al final;
casi roja la violencia,
o digamos ciertamente
que no hubo ni un color
fuerte, pues los jalones entre
ellos fueron grotescos y
pocos... no pasaron a mayores...
Lo peor: la inmovilidad:
Rosita ya no bailó.
Negativa a las propuestas
de galanes procurantes.

Fue tristísimo el regreso:
de Rosita, reflexiva,
que hacía el repaso venal
punto por punto de aquello.
En tanto lo otro... ¡lejos!...
lo que seguía a contracurso...
que se alejara aún más...
La casa: ah; la madre: puf...
Es que viéndolo con tirria
el hogar significaba
un restrictivo acomodo
o una derrota sesgada
o más bien un desajuste,
después del tiento ¡tan burro!
Lo musculoso sentido,
atrás, ay, que se quedara,
lo más, ¡por Dios!, ¡ojalá!,
aunque fuera asunto leve,
por lo cual: renuncia a tiempo.
Suerte, incluso; suerte a medias.
Y se insiste en el regreso
cae que no cae de Rosita,
con lastrado horror macabro,
esa vez —de plano— tanto,
en compañía de la amiga
bailadora, ¿se recuerda?,
la que le daba recados,
la anunciante que no era otra
que Irene De la Antequera,
la que la iba consolando
diciéndole cosas sosas.

Sobre Hipólito la plática
entre ellas, paso a paso.
Tambaleantes, iban tardas,
sobre calles empedradas.

Nada había que exagerar,
salvo que hubo un desacuerdo
que no fue más que una pifia
y blablablá y sutilezas
que para qué traer a cuento,
sin embargo, las trajeron,
en retazos: pocos, ¿cuántos?
Era el miedo al fin y al cabo
en redondo lo central.

Y la ruptura vibrante,
pasando a los soliloquios.

Y el calor tan tocho al cabo,
en la casa de Rosita.

Y el abrazo de madre e hija,
exprimido, categórico.

De ahí que...

Por lo pronto al día siguiente
ellas hicieron un pacto
que al vapor se convirtió
en una ley concluyente (dizque)
pacto estricto, por supuesto,
iluso y breve también:
la hija trabajaría
en las labores domésticas,
de sol a sol día tras día, ¿eh?,
y hacer todo con donaire,
muy pimpante y pizpireta.
Modo de irse preparando
para aspirar a ser ducha
en materia de limpiezas,
ser un ejemplo radiante
de una señora de casa.
Imagen con delantal.
Nada de que estudios locos
cursando carreras mugres,
sino ¡heredad!, ¡nido!,
¡edén!, ¡familia!,
¡ojalá!, ¡armonía!
Pero estuviera casada
o se quedara soltera,
no había para dónde hacerse...
Ser mujercita chulosa
y grácil; ser, de revés,
mucho así, removiendo con dulzura
las bondades de lo simple...
Y ahora volvamos al pacto
para evitar enredarnos
en temas que por desgracia
ya nunca se desenredan.

Si pese a pese Rosita
 cumplía con todo lo dicho,
 tenía permiso continuo
 de ir a los bailes de allí.
 Pero si flaqueaba: ¡ah!
 Lo malo fue que flaqueó,
 una vez no limpió bien
 los trastos de la cocina
 y la ley funcionó al tiro:
 no ir al baile de tal fecha,
 ni a la calle, sino...

Lo que es la educación,
 la buena, la complicada:
 el respeto por delante.
 No violentar en lo mínimo
 el pacto que hubo entre ambas.
 Teorético el artificio.
 Fantasía de aquella época:
 uh: el aguante a toda costa
 ¿con duración de semanas,
 meses, años? No, ¡qué va!

No fue el caso de Rosita.
 Y hay que poner hasta arriba
 un dato muy importante:
 Irene le había advertido
 que le seguiría mandando
 recados todos los días,
 papelitos encontrables
 por ahí en el jardincillo
 de su casa, por las tardes;
 o sea que cuando el ocaso
 se pintara allá al oriente,
 Rosita saldría a leer tales
 o cuales sorpresas manuscritas,
 cotidianas, legibles,
 bien lo querría: al respecto
 solamente hay que decir
 que la amiga hacía la letra
 más grande de lo debido.
 Entonces ni una semana
 de respeto de la ley,
 porque a Rosita, de plano,
 ya le hormigueaban los pies.
 Tan sólo tenía una duda.



José Guadalupe Posada, cuadernillos, ca. 1910, colección Carlos Monsiváis



¿Qué tal si volvía a encontrar
a Hipólito en el salón?

—Rosa, esta noche no sales.

—Mamá, no tengo la culpa
que a mí me gusten los bailes.

La culpa era de azar,
del destino, o diga usted.

Los presentimientos femeninos casi nunca fallan.
La mamá, con la consabida experiencia que dan las canas y las arrugas, le describió a su hija dos o tres monstruosidades, dado que temía algo atroz. ¿De ahí su preocupación?, bah, la adultez es paranoica.

A contracorriente el ansia.
Irrumpir como subiendo
con el gusto como escudo.
Y pese a que casi hincada
la mamá le suplicó
que se quedara en la casa
(que el gramófono a placer,
que el encierro, que esto y lo otro),

aquélla se desató
con cinismo sin igual,
lo nunca visto (de juro),
Rosita rebelde y dunda
no quiso escuchar soseras
y airosa se encaminó hacia,
bueno, hay que aclararlo,
antes pasó por la amiga
a su casa e hizo bien.
Juntas se cuidarían algo.
Acto seguido: la fe
en el deseo giratorio,
en el baile sublimado,
dejando que el ritmo hiciera
las veces de una espiral:
vueltas y vueltas y dicha:
aunque también ya contaba
con una resulta tiesa:
bailar con cuanto galán,
menos con ese señor,
ese Hipólito del asco.
Razón de más: su pistola,
¡chin!, ¿por qué andaba con pistola?



José Guadalupe Posada, cuadernillos, ca. 1910, colección Carlos Monsiváis



Lo siguiente...

Notoria la entrada.
Se oyó el taconeó.
Ellas con su garbo
paseándolo apenas.
Ruido inexplicable,
dado que la orquesta
sonaba estruendosa.
Rareza que sí.
Empero los hombres
en su mayoría
voltearon a verlas
y la admiración
atónita siempre.
Esas dos mujeres:
¡qué bonitas!, ¡oh!
Diosas de Saltillo,
y de una vez oigan:
diosas del planeta,
total ¿quién discute?,
pero más Rosita,
que ni qué, de veras.
Sobraban las sillas
para las mujeres.
Los hombres de pie,
como debía ser.

Hipólito llegó al baile y a Rosa se dirigió...
¿Sacarla a bailar? ¡Mira qué cabrón!,
si hasta había de sobra mujeres hermosas,
deseosas de baile, ¿por qué se obstinó
el empistolado? Fácil, retefácil eso...
se recuerda la otra vez
cuando Rosa fue a sentarse
sin el permiso de él;
se recuerda el forcejeo.
Ruptura. Negrura, al fin.
Y el coraje predecible
del bigotón que tan sólo
apretó su puño izquierdo.
Desaire antes, y ahora qué.
Lo mismo: la negativa oscilante, caprichosa,
aquella movió bien fuerte su cabecita monís;
además de sus cabellos, como que muy bailadores.
—Rosita, no me desaires, la gente lo va a notar.
—Pues que digan lo que quieran, contigo no he de bailar.

La inercia de la reacción:
lo agresivo empujador.
Lo real queriéndose sueño,
y el sueño una paradoja:
Hipólito se sacó
su pistola retrechula
y le disparó a Rosita
tres balazos, sin pensar.
¿Trío letal? No, ni de chiste.
Suerte ¿ufana o declinante?
Nomás un tiro certero:
el despachador chingón.
De inmediato al pistolero
lo agarraron varios hombres
y más de rato llegaron
unos policías armados.
A llevárselo a la cárcel,
allá la averiguación
tras lo oscuro de la culpa,
a confesarse con creces
diciendo puras verdades;
allá la firma final.
Y las rejas horrosas.
Crudo encierro.
Y la impotencia sin más
extendiéndose al garete
como un cáncer despaciosos:
a través de ¿cuántos años?
Mientras tanto acá Rosita
con sus balazos metidos
en ese cuerpo de diosa
que sangraba retegacho.
Claro que ahí la desgracia
sobre el suelo de loseta
no podía modificarse.
Claro que toda la gente
se persignó con dolor.
Rosita Alvérez: leyenda,
tan cosita, tan bonita.
Lo bueno fue que su alma
se elevó gloriosamente
y ahora se pasea en el cielo
más o menos bailadora;
tal vez deje de bailar
cuando se tope de frente
y platique muchas cosas
con el creador de la vida.
Si eso pasa: ¡qué dilema!,
o quizá ¡qué desenfado! **U**